



1. Xenofobia y crisis de asilo en la Unión Europea

Las paradojas de la crisis europea

Enzo Traverso

El proceso de unificación europea conoce actualmente una profunda crisis, la más grave desde su creación a principios de los años 1950. En menos de un año, primero con la crisis griega y luego con la de los refugiados, la Unión se ha dado a conocer: su cara de Medusa es tan aterradora que mirándola fijamente se corre el riesgo de quedar petrificado. Ya nadie se hace ilusiones sobre esta institución que lejos de encarnar una idea federativa, se ha convertido en una cáscara vacía, cuando no en un objeto de burla y sarcasmo. Los únicos que reivindicaban sus virtudes de forma ritual son los miembros de una clase política muy desacreditada, que no parece tener ni cultura ni valores. Cuanto más gala hacen de su creencia en la UE, más la descalifican, incluso ante mucha gente que jamás ha dado muestras de la menor simpatía por el antieuropeísmo conservador, nacionalista o xenófobo.

La xenofobia va en aumento, como siempre en tiempos de crisis cuando la ausencia de una alternativa política creíble genera un vacío que ocupan el miedo, el repliegue identitario, el egoísmo estrecho y la búsqueda de cabezas de turco. La crisis de los refugiados que se vive desde hace unos meses en

circunstancias cada vez más dramáticas es una ilustración evidente de ello. La acogida de estos parias constituye, de entrada, un deber ético y político porque, más allá de cualquier consideración de tipo humanitario, estas personas migrantes huyen de nuestras propias guerras. Son el producto de la desestabilización de Oriente Próximo y de una parte de África, sumergidas en el caos a causa de las guerras occidentales que les han balcanizado, destruyendo sus Estados y economías y quebrando los ya precarios equilibrios étnicos y religiosos construidos hace un siglo con el reparto colonial de los restos del Imperio otomano. Pero ningún líder europeo tiene el coraje de decir la verdad y de asumir sus responsabilidades.

El discurso de la verdad debería comenzar recordando algunos datos elementales. Europa tiene necesidad de inmigrantes, tiene necesidad de ellos para sobrevivir, para contrarrestar su declive demográfico, para hacer funcionar las empresas, los laboratorios, los servicios; es decir, para conservar su poder económico, para pagar las jubilaciones de una población cada vez más vieja y para abrirse al mundo globalizado. Todos los observadores repiten esta constatación evidente, banal, pero las únicas medidas coordinadas a escala continental de las que han sido capaces nuestros líderes han sido el cierre de fronteras, la militarización de las costas, la expulsión de los sin papeles y la multiplicación de los centros de retención que funcionan como lugares deprimentes, humillantes y míseros. Europa considera a la gente inmigrante como una amenaza, hasta el punto de rechazar, en numerosos países, “naturalizar” a los “extranjeros” nacidos en esos países y educados en sus escuelas; hasta el punto de promulgar leyes orientadas a estigmatizar a las y los ciudadanos de religión musulmana. Esta falta de visión y de coraje hace de nuestros líderes corresponsables de la masacre que se da cotidianamente en el Mediterráneo. Hasta ahora, sus discusiones jamás se han centrado en cómo acoger a esta masa de personas desplazadas que huyen de regiones devastadas por nuestras propias guerras; solo hablan de cómo detener su huida. Algunos centenares de miles de refugiados, incluso uno o dos millones, no representan nada a escala de un continente de más de 500 millones de habitantes; nada al lado del esfuerzo que desarrollan países mucho más pequeños y más pobres como el Líbano, Jordania o Túnez. Sin embargo, esta crisis ha llegado hasta a poner en cuestión el tratado de Schengen, ha provocado el cierre de fronteras en el seno de la Unión, poniendo de manifiesto la incapacidad total de nuestros gobiernos para encontrar una solución coordinada. Se tiene la impresión de revivir la conferencia de Evian de 1938, en la que las potencias occidentales dieron muestras de su falta total de voluntad para acoger a los refugiados judíos que abandonaban la Alemania nazi. Nadie los quería y los argumentos que utilizaban para rechazarlos eran extrañamente similares: la crisis económica, la falta de estructuras de acogida, la hostilidad de la opinión pública... La historia se repite y los memoriales del Holocausto, que se han multiplicado en Europa a lo largo de las dos últimas

“La acogida de estos parias constituye, de entrada, un deber ético y político.”

décadas, solo prueban la hipocresía de nuestras instituciones.

Sin embargo, esta crisis europea está hecha de contradicciones y de paradojas. La primera en relación al hecho, muy fácil de constatar, de que el viejo mundo jamás ha estado, a lo largo de su

historia, tan unido e integrado como hoy en día, cuando los Estados amenazan con cerrar sus fronteras. Para millones de jóvenes veinteañeros, las fronteras no significan gran cosa. Han estudiado en diferentes países en los que tienen amigos o a los que viajan y en donde aprenden su lengua. Sus intercambios se intensifican y cuando se encuentran no se ven como extranjeros. Las diferencias culturales que les caracterizan no les parecen obstáculos sino fuente de enriquecimiento mutuo. En resumen, las nuevas generaciones han redescubierto el significado más noble de “frontera” como espacio de encuentro más que de separación. La experiencia cosmopolita de Europa, antiguamente reservada a una elite privilegiada o, bajo condiciones mucho menos ventajosas, a los trabajadores inmigrados, hoy en día es un fenómeno de masas. Dicho en otros términos, la unidad de Europa ya existe. Y no tiene nada que ver con la retórica de Bruselas ni con el discurso racista e islamófobo de la Europa “judeo-cristiana”. Existe en su tejido antropológico y cultural. En resumen, la crisis de la Europa actual no es la crisis de la integración supranacional de las sociedades que la componen. Nace, sobre todo, del rechazo masivo, cada vez más radical, de sus instituciones políticas. El ascenso de los movimientos xenófobos que reivindican el restablecimiento de fronteras, el fin de la moneda única y la restauración de las soberanías nacionales no hace más que explotar este rechazo dándole una expresión política regresiva. Quienes votan por estos movimientos quieren, de entrada, levantar su voz *contra* la “casta” de Bruselas. La crisis europea es una *crisis política*.

Por lo tanto, es hacia las elites políticas hacia donde hay que mirar. La diferencia que les separa de sus ancestros es, desde ese punto de vista, totalmente chocante. El contraste es tan fuerte que, por reacción, uno no puede sino mostrar cierta admiración por los viejos conservadores que canonizamos como los padres espirituales de Europa. No me refiero a los intelectuales que, como Altiero Spinelli, imaginaron una Europa federal en el momento en el que el viejo mundo estaba en vías de hundirse en la guerra. Pienso en los arquitectos de las actuales instituciones, en los Adenauer, los De Gasperi y en los Schuman. Todos ellos nacieron, como nos lo ha recordado recientemente Susan Watkins, en torno a los años 1880, en pleno apogeo del nacionalismo, y se formaron en una época en la que todavía circulaban los carruajes. Lo que les acercaba era, puede ser, cierta concepción europea de lo germánico: Adenauer había sido alcalde en Colonia, De Gasperi había representado a la minoría italiana en el Parlamento del Imperio de los Habsburgo y Schuman se

formó en Estrasburgo, la Alsacia alemana antes de 1914. Durante sus encuentros, hablaban en alemán, pero estaban apegados a una Alemania cosmopolita, multicultural, muy alejada de la tradición del nacionalismo prusiano y del pangermanismo. Tenían una visión de Europa, a la que diseñaban un recorrido común en medio de un mundo bipolar, y también tuvieron coraje al tratar de proponer un destino compartido a pueblos que venían de autodestruirse. Su proyecto de integración económica del continente —el carbón y el acero— era muestra de un voluntarismo político. Concebían el mercado común como una primera etapa hacia la unificación política, no como un acto de sumisión de las naciones al *diktat* de los mercados. Los últimos en actuar como hombres de Estado, para lo mejor y lo peor, fueron Kohl y Mitterrand; sin duda, no eran de la misma pasta que sus predecesores, pero tampoco eran simples mandados de los consejos de administración de los grandes bancos y de las instituciones financieras internacionales.

A comienzos del siglo XXI, la generación que les ha reemplazado no tiene ni visión (hace gala de su falta de ideas y de valores como una virtud programática postideológica) ni coraje; sus opciones casi siempre están dictadas por las encuestas de opinión. Su paradigma es Tony Blair, verdadero artista del arte de mentir, del oportunismo y del arribismo político, en la actualidad totalmente desacreditado en su propio país pero siempre implicado en numerosas empresas lucrativas. Europeísta convencido (el más europeo de entre todos los líderes británicos de la posguerra), es el emblema de una mutación: el nacimiento de una elite política neoliberal que ha superado la tradicional división derecha-izquierda. Tariq Ali la denomina el “extremo centro”. Blair es el modelo de François Hollande, de los líderes del PSOE e incluso, en varios aspectos, de Angela Merkel, que gobierna en perfecta armonía con el SPD. Actualmente, el neoliberalismo ha engullido tanto a los herederos de la socialdemocracia como a los de las derechas cristiano-conservadoras.

El resultado de esta mutación neoliberal ha sido el sabotaje del propio proyecto europeo. Por una parte, la falta de visión ha llegado a las élites políticas, tanto de derecha como de izquierda, a no concebir las instituciones europeas más que como agencias de aplicación y de acompañamiento de las medidas dictadas por los mercados: es decir, por el capitalismo financiero; por otra parte, la falta de coraje les ha llevado a bloquear todo progreso en el proceso de construcción política. Obnubilados por las encuestas y el discurso mediático, piensan que la política consiste en favorecer la economía de mercado y en mimar al electorado de la extrema derecha populista y xenófoba. Paralizada entre la imposibilidad del retorno a los viejos Estado-nación soberanos y la incapacidad de dotarse de instituciones federales, la Unión Europea ha parido un monstruo, históricamente inédito y, seguramente, único: la *Troika*, un organismo que no tiene ninguna existencia jurídico-política, ni legitimidad democrática, pero que constituye el verdadero poder del continente. El FMI,

el BCE y la Comisión dictan la política a los gobiernos de la Unión, verifican los resultados y determinan los ajustes. Hacen y deshacen gobiernos, como en el caso de Italia a finales de 2011, cuando Mario Monti, hombre del BCE y de Goldman Sachs, reemplazó a Berlusconi. A veces incluso llegan más lejos, como en Grecia el verano pasado. El poder para decidir sobre el derecho a vivir o a morir de los seres humanos que era, según Foucault, el elemento que distinguía al poder soberano clásico, es precisamente el poder que se arrogó la *Troika* durante la crisis griega, cuando amenazó con asfixiar a todo un país. Allí donde la *Troika* no tiene intereses a defender, como actualmente en la crisis de los refugiados, la Unión no existe y se desarticula: cada país quiere cerrar sus fronteras.

Ahora bien, este poder no emana de ningún parlamento ni es la expresión de ninguna soberanía popular, porque el FMI no pertenece a la UE, en tanto que el BCE es, según su propio estatuto, una institución independiente. Así pues, como lo han señalado varios observadores, se trata de un *estado de excepción*. Sin embargo, este estado de excepción no tiene mucho que ver con las dictaduras que han existido en la historia desde la Antigüedad hasta el siglo XX y que, según la teoría política clásica, expresaban una tendencia a la *autonomía de lo político*. En la actual crisis de la UE, este estado de excepción no es transitorio; constituye la forma normal de funcionamiento de sus instituciones (la excepción se convierte en regla) e implica una sumisión completa de la *política* al poder de la *finanza*. En resumen, un estado de excepción que establece un tipo de dictadura del capitalismo financiero. Es este último quien define las reglas; la *Troika* cuida de que los gobiernos las apliquen. Es de ese modo como hay que entender el ordoliberalismo del ministro alemán de finanzas Wolfgang Schäuble: no un capitalismo sometido a reglas sino un capitalismo financiero que dicta sus propias reglas, reglas de obligado cumplimiento. ¿Quién mejor que Jean-Claude Juncker podría encarnar este estado de excepción financiero? Durante veinte años a la cabeza del Gran Ducado de Luxemburgo, un Estado con soberanía ficticia, cuya única razón de existir y fuente de prosperidad es su naturaleza de paraíso fiscal, Juncker hizo de su país la patria del capitalismo que escapa a las reglas. La definición que daba Marx del Estado en el siglo XIX (un comité de negocios de la burguesía) parece haber encontrado una encarnación perfecta en la UE de hoy en día.

Este estado de excepción financiero pone de manifiesto otra paradoja que tiene que ver con el papel de Alemania, su mejor gerente, con la complicidad de la mayoría de los gobiernos europeos. En la época de la guerra fría, el mito de la “Gran Alemania” se convirtió en un objeto historiográfico, una especie de “futuro pasado” que se evocaba tanto con nostalgia como con alivio: la grandeza demoníaca de la “potencia del medio” (Michel Sturmer), la *Mitteleuropa* soñada de Friedrich Naumann, o la pesadilla de los pequeños países atrapados entre Prusia y Rusia, a quienes el miedo a su aniquilación

provocaba una “histeria política” cuidadosamente descrita por Istvan Bibó. No obstante, tras la caída del muro de Berlín y la reunificación alemana, Alemania encontró, de sopetón, su estatus de *Macht der Mitte* [Poder central], en el corazón, en esta ocasión, de una UE ampliada.

En 1990, el retorno de la “Gran Alemania” daba miedo no solo a sus vecinos sino también a una buena parte de su propia ciudadanía. Estamos a algunos años del *Historikerstreit* (el debate violento que opuso Jürgen Habermas a Ernst Nolte, el patriotismo constitucional al revisionismo histórico) y fue en nombre de la memoria de los crímenes nazis que algunas grandes figuras de la RFA, la primera de ellas Gunther Grass, exigían mantener dividido el país. La herida tenía que seguir abierta. Polonia exigía, como garantía por el *Anschluss* de la RDA, un nuevo tratado que reconociera las fronteras de la posguerra; la sacralización de la línea Oder-Neisse. Fue entonces cuando Francia, que desde siempre había concebido el proceso de unificación europea como un medio para neutralizar a su poderoso vecino, da vía libre a la unidad alemana a cambio de una moneda común. En la visión maquiavélica de los enarcas franceses, que hizo suya Mitterrand, el euro debía absorber el *Deutsch Mark* y, de ese modo, las veleidades imperiales de Alemania. La creación de una moneda única europea sin un Estado europeo aparecía a sus ojos como una brillante estrategia de contención.

El poderoso despertar de memoria que atravesaba entonces el continente, en el centro del cual dominaba el recuerdo del Holocausto, engendró, por una parte, el temor de una vuelta al pangermanismo y, de otra, la convicción de que el único medio para alejar esta amenaza era el refuerzo de las instituciones europeas. El día en el que Alemania renunciara al *Deutsch Mark* para compartir el euro con sus socios europeos (en los que se encontraban los países del Sur: Italia, España, Portugal y Grecia), el temor de ver desfilar los tanques alemanes en Praga y Varsovia, en París y Milán, habría desaparecido definitivamente.

Veinticinco años más tarde, estos temores dan risa. Durante el cuarto del siglo que acaba de concluir, la idea de reconstituir el Reich de la preguerra no ha germinado en el cerebro de ningún líder político alemán. Actualmente, en el centro de Berlín destaca un gigantesco memorial del Holocausto, al lado del antiguo Reichstag, y Alemania sigue siendo, a pesar de las manifestaciones de Pegida y de los éxitos electorales de AfD (Alternative für Deutschland), uno de los países menos xenófobos del continente, muy lejos de Francia con el Front National, de Italia con la Lega Norte y de sus colegas del Reino Unido, Austria, Bélgica y Holanda, por no mencionar los nuevos países miembros de la UE, entre los cuales destaca el racismo de Estado húngaro. El *Volkohne-Raum* se ha convertido en un mito arcaico, mientras que el expansionismo alemán ha encontrado en el euro su instrumento más eficaz. La Alemania ordoliberal no tiene necesidad de convertirse en una potencia militar para conquistar los mercados del continente. Le basta el euro. Lo que constituye la segunda

“Se tiene la impresión de revivir la conferencia de Evian de 1938, en la que las potencias occidentales dieron muestras de su falta total de voluntad para acoger a los refugiados judíos que abandonaban la Alemania nazi.”

paradoja de Europa, que ilustra una sorprendente heterogeneidad de los fines: nacida para contener el poderío alemán, el euro se ha transformado en su medio, incluso, como lo ha puesto de manifiesto la crisis griega, en su símbolo.

La unión monetaria sin unión política está destruyendo la democracia, desacreditando a los gobernantes (tanto de la izquierda como de la derecha) al servicio de una austeridad que incrementa las desigualdades socioeconómicas entre los países del continente. Ajena a cualquier idea democrática del reparto de los recursos y desprovista de cualquier estrategia de desarrollo común, la unión monetaria se ha convertido en un meca-

nismo perverso que drena las riquezas de los países pobres hacia los ricos. Hay algo que recuerda al colonialismo, incluso si ahora mismo ya no se trata de saquear las materias primas de un país sino de despojarlo a través del *spread*. Es así como prosperan la economía y los bancos alemanes a expensas de los países endeudados.

Esta heterogénesis de los fines en el proceso de construcción europea no solo pone de manifiesto la ceguera de quienes concibieron la unión monetaria; también pone al descubierto la irresponsabilidad histórica de sus beneficiarios. Si el euro ha permitido enriquecerse a Alemania, eso no le ha legitimado para dirigir el continente; más bien, muestra su incapacidad para desempeñar ese papel. El nazismo, la derrota y la guerra fría apagaron las ambiciones geopolíticas de Alemania sin agotar su egoísmo nacional. Ahí reside, seguramente, una de las causas de la crisis europea porque Alemania está condenada, por su posición geográfica y su peso económico y demográfico, a desempeñar un papel dirigente en el continente. Lo que exige de sus líderes (como fue el caso para los fundadores de la comunidad europea) visión y coraje; precisamente lo que se echa en falta en la actual elite política alemana. Que no posee ni una visión continental ambiciosa ni el coraje de adoptar las decisiones que podrían entrar en conflicto con su egoísmo nacional. Jürgen Habermas escribió que durante las negociaciones en las que Grecia se tuvo que plegar al chantaje de la *Troika*, Merkel y Schaulbe lograron, en una sola noche, borrar los esfuerzos de varias décadas para restablecer la dignidad de Alemania en el seno de la comunidad internacional; pero el castigo infligido a Grecia es poca cosa en relación al golpe otorgado a la imagen y a la credibilidad de la UE, cuando no a la idea misma de la unidad europea.

Los líderes alemanes no pueden pretender dirigir un continente de 500 millones de habitantes actuando como los representantes del Bundesbank. “Dominación sin hegemonía” (*rule without hegemony*), la definición que dieron

los historiadores al poder colonial británico en India, se corresponde bastante bien a la posición de Alemania en la Europa contemporánea. En efecto, Merkel y Schaulbe no son una excepción; Sigmar Gabriel y Martin Schultz van detrás, en la relación simbiótica con la derecha que caracteriza a la socialdemocracia al menos desde Gerhard Schroeder, que en unos pocos meses pasó de la cancillería alemana al consejo de administración de Gazprom.

La tragedia europea también tiene que ver con el hecho de que la ausencia manifiesta de hegemonía alemana vaya acompañada de la pasividad cómplice de otros países, comenzando por Francia, convertida en su propia sombra, por no hablar de Italia y de España, que parecen reivindicar un papel de alumnos sumisos y obedientes (sin ninguna diferencia, una vez más, entre la izquierda y la derecha). En resumen, en el fondo, la paradoja alemana no es más que un aspecto de la contradicción señalada al comienzo: la de la unificación progresiva de un continente que ya no se reconoce en sus instituciones ni en las elites políticas que lo controlan. Resulta evidente que semejante contradicción no podrá superarse a través del repliegue nacional y la vuelta a las viejas soberanías. Exige una refundación global del proyecto europeo; es decir, el fin del estado de excepción que conocemos actualmente.

Puede que la crisis griega del último año no haya sido más que el signo premonitorio de una mutación más amplia. El gobierno de Syriza era demasiado débil frente a la apisonadora de la *Troika*, pero Alexis Tsipras fue, durante seis meses de resistencia, un símbolo para todo el continente. Hoy en día, las esperanzas se ponen en España, donde Podemos toma el relevo. En el Reino Unido, Jeremy Corbin expresa la misma voluntad de resistencia. La emergencia de estos movimientos no es más que el primer síntoma de un cambio posible. Muestran que se puede salir de la crisis de la Unión a través de una inflexión a la izquierda, ni xenófoba ni basada en la vuelta a las fronteras nacionales. Muestran, también, que para construir esta alternativa es preciso cambiar a la propia izquierda, superando los modelos heredados del siglo XX.

Enzo Traverso es historiador, profesor en Cornell University, Estados Unidos, y autor de, entre otras obras, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Universitat de València, 2007.

Traducción: *VIENTO SUR*